Año IV—Nº 18 — Marzo de 1911



NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

"VIRYA"

Estudios de Teosofía, Hermetismo, Orientalismo Psicología, etc.

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidos para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

(FRANZ HARTMANN).

Colaboradores:

Enrique Jiménez Núñez, J. S. González R., Walter J. Field, José Monturiol, Roberto Brenes Mesén M. Roso de Luna, Tomás Povedano.

DIRECTOR:

Tomás Povedano

Administración, en San José de Costa Rica, A.-C.
Apartado número 220

SUMARIO:

Imprenta de Avelino Alsina



DON JOSÉ XIFRÉ Y HAMEL

PRESIDENTE DE LA RAMA DE MADRID

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

Enero esta despues

AÑO IV	SAN JOSÉ, COSTA RICA, MARZO DE 1911	NUM. 18

La Condesa Wachtmeister

Necrología

Este nombre, que despierta en nuestros corazones un sentimiento de respeto, de afección y de reconocimiento, no dirá nada, seguramente, para la mayor parte de aquellos de nuestros miembros en Francia que no han conocido esta noble y valerosa mujer. Así es que, á ellos dirijo hoy mis palabras, al mismo tiempo que á aquellos que se asocien á nosotros en el homenaje que debe serle rendido; porque es bueno que los que pertenecen á la S. T. sepan algo referente á los obreros de primera hora, de aquellos que, al precio de penas y dificultades sin número, han desmontado el campo del trabajo teosófico.

Así pues, la condesa de Wachtmeister ha sido uno de estos obreros de primera hora; con una devoción y un celo infatigables y una energía que imponía la admiración, se multiplicaba, superando los obstáculos, despreciando la fatiga, dando sin cesar el ejemplo del sacrificio.

Ella me decía en determinada ocasión.—Ya hay muchos años de esto.—«Yo puedo afirmar que jamás he perdido oportunidad de trabajar por la Teosofía». Estas palabras no deben ser olvidadas, porque nosotros sabemos, nosotros los teósofos, que las ocasiones de servir á la Causa si no se cogen en el momento en que se presentan, se transformarán en obstáculos y en dificultades ante nuestros pasos.

Más de un ejemplo se nos ha ofrecido por la vida de la condesa de Wachtmeister, puesto que ella ha sido, antes que todo, una mujer dedicada al deber. Con razón ó sin ella, si su

conciencia le imponía un deber, no sentía ni por un momento la tentación de sustraerse á él.

Aquellos que la han conocido en su edad avanzada, con sus cabellos tirados atrás, tan sencilla, casi ascética en su vestir, dudarían de que ella hubiese sido una gran mujer de mundo allá en los días de su juventud.

Esposa del embajador de Stocolmo y extremadamente rica, ella daba sus fiestas en la Corte, rayando en la vanidad sus tocados y sus diamantes. Una señora que la conoció en aquel tiempo, la baronesa X, me dijo que la condesa de Wachtmeister tenía la reputación de ser lo más vanidosa, frívola é indiferente, con relación á las cosas del espíritu.

Aun no había llegado su hora; pero llegó.

La prueba sombría llama á su puerta dejándola viuda.

La sed de lo misterioso ignorado, de una fe basada en el conocimiento, la sed de consuelos que el mundo no puede ofrecer, se despierta en ella, devoradora, inextinguible, y desde entonces consagra su vida á la busca de la verdad. Durante dos años estudia el espiritismo (los de 1870 y 1871); multiplica las sesiones de prueba, experimentando con unos 50 *mediums*. Ella misma, siendo psíquica por naturaleza, poseía determinada suerte de mediumnidad, y al encontrar en el espiritismo —al lado de experiencias realmente interesantes—numerosas y amargas decepciones, se dió cuenta del daño de tales experiencias. Algunas de sus impresiones relativas á las mismas se relatan en un pequeño folleto intitulado: *El Espiritismo á la luz de la Teosofía*, folleto que está casi extinguido.

En 1881 tuvo noticia de la teosofía y se afilió á la Sociedad Teosófica; pero no fué sino en el año 1884, en que conoció á la señora Blavatsky, cuando se adhirió apasionada y definitivamente á nuestras ideas.

Sus primeros esfuerzos tuvieron por objeto el combatir aquella mediumnidad pasiva que había desenvuelto en el curso de sus investigaciones sobre el espiritismo. Se ejercitó entonces en conquistarse una voluntad fuerte y positiva, con tan buen resultado, que llegó á poder comprobar algunas veces, determinadas funciones orgánicas, de igual manera que lo hacen los Hathayoguis. Su psiquismo natural, empleado en

otras direcciones, la condujo al desenvolvimiento de una clarividencia que, si es verdad que se atenuó con la edad hasta concluir por desaparecer, no dejó por eso de ser el venero de las más interesantes observaciones, sobre todo en la proximidad de la señora Blavatsky. Porque la condesa Wachtmeister vino á ser una de las discípulas de esta señora, y vivió cerca de ella en l'avenue Road, de la cual han conservado cuantos le han sido fieles tan gratos recuerdos. Ella tuvo de antemano el privilegio de pasar con su instructora algunos meses en Wurtsbourg, en Alemania, donde se retiró para escribir la *Doctrina Secreta*.

Los recuerdos que se relacionaban con aquella morada fueron los más gratos para nuestra amiga... Se complacía en evocarlos—y habla de ellos en un libro intitulado: «*Reminiscencias* of H. P. Blavatsky and of the Secret Doctrin».—Porque, no solamente pudo verificar fenómenos curiosos, hasta el de recibir ella misma, cierto día, un mensaje precipitado de su Maestro—sino que, le fue posible también constatar los lados admirables del carácter de H. P. B., objeto de tan amargas críticas, y tuvo la ocasión de admirar su firmeza indomable, su espíritu de sacrificio,... mayormente habiendo pertenecido á la escuela ruda,... en ocasiones inflexible, de aquel gran Instructor, y por lo mismo restringida á una verdadera sujeción.

Para dar un ejemplo de ello: el departamento de H. P. Blavatsky, en Wurtsbourg, era confortable, pero muy pequeño; la condesa compartía su alcoba. Ahora bien, para ella, acostumbrada al aire libre, á la higiene, era una verdadera prueba la de dormir en esta atmósfera sofocante, con frecuencia ahumada, puesto que H. P. B., como buena rusa, tenía continuamente un cigarrillo en la boca. La condesa era correcta, puntual, puntual hasta dar en la exageración; pues en Wurtsbourg almorzaba y comía á horas distintas, y vivía en medio del más bello desorden. Esta era una de las menores pruebas que la Sra. H. P. Blavatsky hizo sufrir á su discípula, porque ella empleaba este sistema para doblegar los caracteres y formar ocultistas. Casi todos sus discípulos—aquellos, por lo menos, que vivieron en su intimidad—pasaron por pruebas análogas apropiadas á sus temperamentos.

La señora Wachtmeister se adhirió apasionadamente á su Instructora. Naturaleza firme, propensa á dar en los extremos, tan pronta para dar cabida á las antipatías como á la absoluta devoción, ella no perdonaba á los detractores de la señora Blavatsky. Afligida tuvo conocimiento de los ataques de la «Society for psychical Research». Después de la muerte de H. P. B., la que fué una de las grandes pesadumbres de su vida, asistió á los debates angustiosos del asunto Judge, y escribió un librito en que daba testimonio de las nobles cualidades de la señora Annie Besant, atacada por Judge, y repetía en él las palabras que la señora Blavatsky le había dicho, palabras que designaban á la señora A. Besant como su sucesora espiritual en la S. T. (1)

Renacida la calma, renovó la condesa su trabajo con ardor dando conferencias en los países en que se hablaba el inglés; —y, en fin, hasta en la misma Francia, en su francés incorrecto y pintoresco, supo hacerse escuchar. Uno de sus empeños era el de ayudar á las Secciones nacionales en sus primeros pasos, tanto llevándoles su apoyo moral como su ayuda material; muy rica, ella daba sin contar para aquello cuya necesidad se hacía sentir; pero daba con discernimiento, y favorecía á las colectividades más bien que á los individuos. Todo lo que economizaba de sus rentas—¡Dios sabe cuán sencillamente vivía ella!—se convertía en dádivas para la propaganda, fundaciones de bibliotecas en diversas secciones, envíos de libros, ayuda á las Ramas de nueva creación.

Y ahora es la apropiada ocasión de revelar lo que la Sociedad Teosófica de Francia le debe á la condesa de Wachtmeister. En 1898, llegó ella á París—á su vuelta de América con el *brahmin* Chaterji. Entonces no existía en nuestra capital sino un pequeño núcleo teosófico; el comandante Courmes se encontraba en ella de antemano; mas el Dr. Pascal se aprestaba para embarcarse para las Indias. La única Rama parisiense, la Rama Ananta, contaba con algunos elementos profundamente consagrados, entre otros su Presidente Gillard;—pero se carecía de los medios con qué hacer una propaganda activa.

---

(1) «H. P. B. y la presente crisis en la S. T.» — (Comunicada solamente á los M. S. T.)

Las admirables conferencias de Chaterji promovieron entre determinado número de sus auditores—ya preparados para tales ideas—un interés muy apasionado y aspiraciones intensas hacia el ideal teosófico. Pero entonces fué la condesa de Wachtmeister la que con su autoridad, y su fuerza de persuasión, precipitó las adhesiones á la Sociedad Teosófica. Nosotros no ingresamos allá más que siete ú ocho, si yo no me equivoco, casi todos amigos. Pero otros amigos fueron arrastrados, siguiendo el ejemplo, y un nuevo impulso le fue dado al movimiento teosófico en Francia. La condesa vino á pasar algún tiempo entre nosotros, para ayudarnos en el invierno siguiente.

En otra de las conferencias regulares que se daban por el comandante Courmes, tuvimos nosotros reuniones periódicas, en la avenida Montaigne, durante las cuales respondía nuestra amiga con una calma imperturbable á las cuestiones más extrañas. Nosotros, y nuestros invitados, teníamos tal sed de aprender!

Esta medalla tenía su reverso. La excelente señora, que era nuestro huésped, pretendía incitarnos á efectuar una propaganda algo... americana. Los primeros ensayos no resultaron del todo afortunados, y nosotros procuramos demostrarle la extorsión que tal proceder podría acarrear á la Teosofía. Ella concluyó por adherirse á nuestras razones, y cada vez que comenzaba á decirnos: «Es preciso hacer esto ó aquello,» añadía vivamente... «si eso puede dar buen resultado en Francia; por mí misma, yo, no soy buen juez».

Al siguiente año volvió el doctor Pascal de las Indias, y fue sorprendido del progreso realizado durante su ausencia. Siete Ramas existían entonces en Francia: las unas funcionando ya, las otras en formación. La señora Wachtmeister había fundado por sí misma tres en provincias. Por consecuencia, existía la posibilidad de fundar una Sección francesa autónoma, aunque subordinada á Adyar (la S. T. de Francia actual.) La condesa fue la que con mano fuerte nos condujo á ese punto decisivo. Los miembros más antiguos, el doctor Pascal, el comandante Courmes, M. M. Gillard, Bailly, Renard, Tourniel, etc., y algunos miembros que después han dejado la

S. T., se encontraron con nosotros en *l'avenue Montaigne*, y yo ví entonces á la condesa intervenir en los debates con su autoridad, y hasta con cierta solemnidad para hacer el elogio del doctor Pascal, el cual designaba á nuestros sufragios como llamado á ser el Secretario General de la Nueva Sección.

Pero no bastaba con un Secretario General: hacía falta toda una organización: una oficina, un comité, un local destinado á ser la sede de la S. T.; y se carecía de dinero. Entonces, á los donativos ofrecidos por unos y otros, se agrega una generosa ofrenda de la condesa Wachtmeister.

La excelente mujer, participó, como se ve, en la fundación de nuestra Sección francesa, por la que siempre se interesó, viniendo á pasar frecuentes temporadas en París, siguiendo así de cerca nuestras actividades. Ella se creó muchas amistades entre nosotros.

En los últimos años de su vida, muy avanzada, atacada de una enfermedad del corazón, cesó de efectuar sus vueltas teosóficas.

«Esto no es ya para mi edad, decía ella; es preciso dejar el campo á los jóvenes».

Su salud necesitaba un clima más suave, y fué en California donde dejó su cuerpo físico, en septiembre último.

Si yo he hablado de ella tan largamente en este boletín nacional, es porque ha participado en el despertar del movimiento teosófico en Francia; es porque nos ha prestado su ayuda material, así como su apoyo moral, como la autoridad de su nombre de antigua discípula de Mme. Blavatsky. Yo quería llamar la atención sobre ella, para demostrar su derecho al homenaje afectuoso y al reconocimiento de sus miembros.

. . . .

En cuanto á la condesa Wachtmeister, en un porvenir lejano, sin duda alguna, vendrá á ponerse á servicio de la Causa que le era tan querida. Sin duda alguna, bajo otra forma, más rica en experiencias, más rica todavía en el poder de ayudar y en la abnegación, trabajará ella con nosotros en la propagación del noble ideal teosófico, por el cual se quiere vivir, por el cual se sabrá morir.

Aimée Blech

Traducción de T. P.

Por qué hemos olvidado nuestras vidas pasadas

Cuando se habla de la reencarnación, la pregunta que con más frecuencia se oye es la de: «si yo he estado aquí antes, por qué no lo recuerdo?» Una ligera consideración de los hechos contestará la pregunta.

Ante todo, observemos el hecho de que, de nuestra presente vida, más es lo que olvidamos que lo que recordamos. Hay muchas personas que no pueden recordar el haber aprendido á leer; y sin embargo, el hecho de que pueden leer, prueba que han aprendido. Hay incidentes de nuestra niñez y de nuestra juventud que se han borrado de nuestra memoria, y que sin embargo han dejado marcadas huellas en nuestro carácter. Se olvida una caída en la niñez y la víctima no por eso es menos coja. Y esto ocnrre, aun cuando nos estamos sirviendo del mismo cuerpo en que se experimentaron los acontecimientos que se han olvidado.

Estos acontecimientos, sin embargo, no están completamente perdidos para nosotros: si una persona es sumida en trance mesmérico, pueden atraerse de las profundidades de la memoria; están sumergidos, no están destruidos. Enfermos de fiebre han usado, en el delirio, de un idioma que conocieron en la niñez y que habían olvidado en la edad madura. Mucha parte de nuestra sub-conciencia consiste en esas experiencias, sumergidas en la obscuridad del pasado, pero recuperables. Si esto es cierto, tratándose de experiencias que se han adquirido con el cuerpo actual, cuánto más cierto no deberá ser esto respecto de experiencias alcanzadas en cuerpos anteriores que murieron y se aniquilaron muchos siglos ha. Nuestro cuerpo

y cerebro presentes no han tomado participación en esos acontecimientos tan remotos; ¿cómo podría, pues, la memoria, darse cuenta de sí misma en el trance de aquéllos? Nuestro cuerpo permanente, el que nos acompaña en el ciclo de reencarnaciones, es el cuerpo espiritual; las vestiduras inferiores se desprenden y vuelven á sus elementos antes de que podamos reencarnar.

Las nuevas materias mental, astral y física, de que somos revestidos para una nueva vida en la tierra, reciben de la inteligencia espiritual, que no trae más vestidura que el cuerpo espiritual, no las experiencias del pasado, sino las cualidades, las tendencias y capacidades que han alcanzado de esas experiencias. Nuestra conciencia, nuestro responso instintivo á los llamamientos emocionales é intelectuales, nuestra comprensión de la fuerza de un argumento lógico, nuestro asentimiento á los principios fundamentales del bien y del mal, son rasgos de nuestras experiencias pasadas. Un hombre de un tipo bajo de intelectualidad no puede *ver* una prueba lógica ó matemática; un hombre de un bajo tipo de moral no puede *sentir* la fuerza compulsiva de un elevado ideal de moralidad.

Cuando un sistema filosófico ó una ciencia se abarca y se aplica con presteza, cuando se domina un arte sin estudiarlo, la memoria está allí ejerciendo su poder aun cuando se hayan olvidado los hechos pasados del aprendizaje; esto, como decía Platón, es la reminiscencia. Cuando deseamos intimar con un extraño que encontramos por primera vez, la memoria se encuentra allí, el espíritu reconoce al amigo de siglos pasados; cuando nos extremecemos y retrocedemos con gran repulsión de otra persona extraña, también allí se halla la memoria; el espíritu reconoce á un antiguo enemigo.

Estas afinidades, estas repulsiones, provienen de la imperecedera inteligencia espiritual, que es nuestro yo; nosotros recordamos, aun cuando, empeñando el cerebro, no podamos imprimir en él nuestro recuerdo. El cuerpo mental y el cerebro son nuevos; el espíritu proporciona á la mente los resultados del pasado; no la memoria de sus acontecimientos. Así como el comerciante, al cerrar sus libros cada año, abre otros nuevos en los que no anota todos los detalles de los antiguos,

sino únicamente sus saldos, así, el espíritu, trasmite al nuevo cerebro sus juicios sobre las experiencias de una vida que se ha clausurado, las conclusiones á que ha llegado, las decisiones que ha sacado en limpio. Este es el capital que aporta á la nueva vida, el mueblaje mental para su nueva morada: la memoria de lo real.

Ricas y variadas son estas memorias en los hombres altamente evolucionados; y, si se comparan con la que posee un salvaje, se ve patentemente el valor de tales memorias del pasado. No hay cerebro que pueda almacenar recuerdos de los acontecimientos de numerosas vidas; cuando éstos se han sintetizado en juicios mentales y morales son de provecho en la práctica: centenares de asesinatos nos han llevado á la decisión de «yo no debo matar»; el recuerdo de cada asesinato sería una carga inútil, pero el juicio que se forma, basado en sus resultados, el instinto de lo sagrado de la vida humana, es la memoria efectiva de ellos en las personas civilizadas. Sin embargo, á veces se encuentra la memoria de los acontecimientos pasados; los niños, de vez en cuando, tienen visiones rápidas de su pasado, traídas á la memoria por algún acontecimiento del presente. Un muchacho inglés, quien había sido escultor, lo recordó cuando por primera vez vió unas estatuas; un niño indio reconoció un arroyo en el cual se había ahogado él mismo siendo muy niño en una vida precedente, y la madre de aquel cuerpo anterior. Se registran muchos casos de tales recuerdos de acontecimientos pasados.

Hay más aún, tal memoria se puede obtener. Pero el lograrlo es asunto de un esfuerzo asiduo de prolongada meditación, por la cual, la mente, que nunca se halla en reposo, volando siempre hacia atrás, puede ser dominada y reducida á la quietud, y de esta manera llegar á ser sensible y capaz de responder al espíritu y recibir de él la memoria del pasado. Solamente cuando alcanzamos á oir la tranquila y pequeña voz del espíritu es cuando se puede descubrir la historia del pasado, pues sólo el espíritu puede recordar y enviarnos los rayos de su memoria para alumbrar la obscuridad de la efímera naturaleza inferior á la cual se encuentra él temporalmente ligado.

La memoria es posible bajo tales condiciones; se ven los lazos del pasado, se reconocen los antiguos amigos, se recuerdan antiguas escenas, y una energía y una calma sutiles é íntimas brotan de la experimentación práctica de la inmortalidad. Las penas presentes se alivian cuando se miran en sus justas proporciones como acontecimientos triviales y transitorios en una vida sin fin; los placeres del presente pierden su brillante colorido cuando se miran como repeticiones de pasados goces; tanto los unos como los otros se aceptan igualmente como experiencias útiles que enriquecen la inteligencia y el corazón y que contribuyen al desarrollo de la vida aún no desenvuelta.

No es, sin embargo, sino hasta que los placeres y penas se han visto á la luz de la eternidad que puede afrontarse con seguridad el cúmulo de memorias del pasado; cuando se han mirado así, entonces esos recuerdos calman las emociones del presente, y lo que de otra manera sería abrumador se torna en apoyo y consuelo. Gœthe gozaba considerando que á su regreso á la vida terrena se encontraría exento de sus recuerdos, y personas de menos valer que él podrían contentarse con la sabiduría, que cada nueva vida les pone en su camino, enriquecida con los resultados, pero descargada de los recuerdos de su pasado.

Annie Besant

(Traducción de Jaime Fernández J.)

*
* *

Teosofía y Ciencia

(*Continuación*)

Dícenos «Lucrecio» que hoy no se aceptan los dogmatismos sin pruebas, y precisamente ese es uno de nuestros conceptos; por tal razón le ponemos reparos á la tendencia científica, que pretende imponernos *el dogma* de que las causas, los orígenes de las cosas, *lo metafísico*, se halla fuera de los límites de la investigación, sin apoyar sus pretensiones en otra prueba, que en la efímera de negar lo que voluntariamente desconoce, porque abierto tiene el campo de esa clase de estudios, como lo hemos tenido nosotros.

En cuanto á los alquimistas, tuvieron bien cuidado de ocultar entre sus Iniciados lo más elevado de sus conocimientos, para que las masas humanas no los aplicaran á su propia destrucción. En tanto que los hombres no eleven á la altura conveniente sus instintos y tendencias morales, deben contentarse con aplicar los descubrimientos de la Química, tales como la dinamita, la melinita y tantas otras sustancias explosivas, con las cuales irá dando buena cuenta de sí y de los que se hallan á su alcance; ó con el portentoso desarrollo de la mecánica con la cual se crean cada día mayores conflictos entre el trabajo y el capital, produciendo, como consecuencia, ese régimen del *trust* que es característico de los países civilizados y que ha reducido á la mayor parte del género humano á la condición de verdaderos esclavos, aun cuando por medio de tales maravillas se apresure el adelanto material. Con los más insignificantes descubrimientos de la Alquimia se echaron

los cimientos de la Química. No se retrocede en el progreso; pero éste tiene sus noches. Dichoso el que se capacite para entender el *Ars magna* de Raimundo Lulio.

En cuanto al tercer objeto de la Sociedad Teosófica, crea el señor Lucrecio que no podría llevarse á cabo, por mucho que él lo desee, en los laboratorios químicos, biológicos y psicológicos.

La vida y el alma no caen bajo el dominio de los instrumentos de que en ellos se dispone. Por lo demás, no negamos los teosofistas la importancia de esas especulaciones en cuanto se refiere al círculo que les es propio, y vemos con satisfacción de qué manera bordean los investigadores las orillas del gran mar de la verdadera ciencia, y cómo una tras otra, van aceptándose sus antiguas enseñanzas.

Sostengo lo dicho respecto á las investigaciones espiritistas, cuando ellas son realizadas por quienes pueden hacerlo con las capacidades y pureza de miras requeridas, como lo han efectuado, entre otros, sabios tan eminentes como lo son William Crookes, Zollener, Aksakoff, Chiaia, Gibier, Lombroso y como lo está efectuando actualmente, en nuestro país, el eminente profesor Reichel, confirmando lo que desde la más remota antigüedad era bien conocido. Las comprobaciones efectuadas por esos sabios permanecen en pie, á pesar de las argucias que hace poco vienen empleándose con el fin de desautorizarlas.

Intencionalmente he dejado el gran argumento de las leyes descubiertas por Newton y Copérnico, para terminar este artículo.

Es bien sabido que Copérnico y Galileo volvieron á encontrar el hilo de conocimientos enseñados en la India, en Persia y en Egipto muchos siglos antes, los cuales fueron perdidos en la noche de la Edad Media. Fueron éstos la rotación de la Tierra, la teoría heliocéntrica y el movimiento de los mundos de nuestro sistema. (Véase «De facie lunæ», pág. 922, Plutarco).

Diógenes Laercio refiere el hecho de que en los tiempos de Velo (India) encontró Pitágoras representada la Corte sideral giratoria, por esferas color de zafiro, etc., y que en Ecbatana (Persia) pudo ver la inmensa máquina que tanto

considerados locos con tanta y tan superficial ligereza, porque han despertado en sí cualidades de percepción muy superiores á las que se hallan al alcance, en vidas sucesivas de todos los hombres de buena voluntad, que esos locos y los que han sido como ellos, son los que mayor impulso han prestado siempre á las ciencias. A William Crookes, por ejemplo, le deben las bases fundamentales de algunos de los más grandes descubrimientos modernos; y si esto es así, con esos locos me quedo admirando esa cualidad que les capacita para ser tan útiles en todos sentidos al humano adelanto.

La ciencia llamada positiva no se abstiene de negar lo que ignora, como Lucrecio afirma, sino que niega y anatematiza y vitupera y esto es lo que tiene de injusta y pretenciosa.

En cuanto á lo de lograr formar el embrión humano, déjelo el imparcial Lucrecio en suspenso hasta que la Ciencia positiva lo autorice con su fallo supremo, y aquí cabe repetir «*muy largo me lo fiais*».

Y volviendo al concepto que del Arte tuvieron los pueblos del Antiguo Oriente, afirma Lucrecio que no encuentra mayor mérito en su literatura, y funda su afirmación en lo que dice haber leído del Mahabarata y el Ramayana. Esta afirmación me produce el efecto de alguien que sabiendo el inglés necesario para atender medianamente á sus relaciones comerciales, pretendiera juzgar la literatura inglesa por haber tratado de entender un poema de Shakespeare. Para juzgar las obras de la antigua literatura aria, hay que buscar las obras, los juicios y comentarios de los sanscritistas, de preferencia los orientales que son los más capacitados para penetrar en el sentido aquella lengua madre. Muchas de las mejores obras de esta vasta literatura han sido traducidas y comentadas por personas de alta competencia y allí puede Lucrecio buscar mejor información, y no dudo que cuando lo haya hecho, su sinceridad y su alta competencia de literato sabrán rectificar su infundado juicio actual. Me permito recomendarle que lea nuevamente el destierro de Ranue, del Ramayana; el rapto de Sita, que fué modelo imitado por la Grecia en los cantos prehoméricos que culminaron con la Iliada; el episodio de Sakuntala y sobre todo el Bhagavad Gita inimitable, del cual hizo

el más notable hombre público de Costa Rica, ya muerto y muy querido de Lucrecio, esta lacónica crítica: «Esto... Lo Eterno!»

Pero aun cuando le fuera imposible á Lucrecio conocer la literatura de los pueblos arios, debería bastarle para formarse una idea de la altura que alcanzó el arte en aquellas razas, la incomparable grandeza de sus monumentos, como lo atestiguan las ruinas de Magkon Vat, de Edfu, de Elefanta, de Ajanta, que son consideradas por los conocedores como obras maestras no igualadas jamás, aunque no ha faltado crítico que haya atribuido un origen helénico á esas maravillas, lo que equivaldría al absurdo de afirmar que lo antiguo procede de lo moderno.

Sigue Lucrecio en su crítica el sistema tan cómodo, seguido por muchos que se consideran á sí mismos como representantes de la ciencia: negar, negar siempre lo que no se puede ó no se quiere comprender. Por esto creo muy oportuno recomendar á su ilustrada consideración el pensamiento de Narada, el antiguo filósofo indo, ya citado por mí en otra ocasión: «hay que estudiar para saber, saber para comprender y comprender para juzgar».

ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ

*
*   *

De «Le Theosophe» correspondiente al Miércoles 1º de Febrero.

Nuestra información sumaria acerca de Dios

PROSEGUIMOS publicando las respuestas que se nos vienen remitiendo por aquellas grandes personalidades á las cuales nos hemos dirigido, y que nos hacen el honor de darnos su opinión respecto del concepto Dios. Nosotros les damos las gracias más expresivas.

Pueden verse en el presente número las respuestas de MM. Mistral, Vincent d'Indy, Gabriel Monod, R. Poincaré.

«He aquí las cuestiones propuestas»:

1º—*¿Qué concepto es el vuestro respecto de la idea de Dios?*

2º—*¿Dios es solamente un nombre sin sentido llamado á ser borrado de las lenguas humanas? ó bien ¿podría darse de este nombre una definición que satisfaga á la razón y al sentimiento?*

3º—*¿Cuál sería vuestra definición, dado caso que admitáis esta alternativa?*

M. EDUARD SCHURE

EL RENACIMIENTO DE LA IDEA DIVINA.

«Vuestra información acerca de la idea de Dios, me recuerda una anécdota que me fué antaño contada.

»Habrá transcurrido una cuarentena de años, desde que M. Paul Janet, profesor en la Sorbona, y filósofo espiritualista

de la escuela de Cousin, le llevó á M. Francois Buloz, fundador y director de *La Revue des Deux-Mondes*, un estudio, intitulado «Dios». M. Buloz rehusó el artículo con las siguientes palabras: «Dios es un artículo fuera de moda».

Bien pudo suceder que el artículo en cuestión fuese escrito en estilo un poco tierno, y algo seco, como todo aquello que ha salido de la pluma del estimable pensador. Y, por cierto, no es la menos característica la respuesta de Buloz con relación á una época en que triunfaba el agnosticismo en toda la línea, y en la que el materialismo dominaba por completo. La palabra de orden, entonces, era la de explicar el espíritu por la materia, el alma por el cuerpo y suprimir el concepto divino de la ciencia, y aun de la filosofía. Nosotros no concurrimos con tales direcciones actualmente. *La ciencia ha reconocido sus límites*, y la humanidad la insuficiencia del análisis para alcanzar la verdad trascendente. En el orden psicológico, se encuentra ella frente á fenómenos tales como la telepatía y la clarividencia, que demuestran una acción del espíritu independiente de los sentidos—lo que supone el alma. En la biología, se ha sentido ella incapaz de relacionar la vida y sus múltiples fuerzas con las fuerzas químicas—lo que implica un principio vital desconocido. En la física misma ha llegado ella en sus hipótesis á no poder concebir los átomos sino como electrones. Ahora la electricidad se considera cerca del espíritu. En fin, en el radium, ha creido ella apercibir, no sin temor, el rayo de una fuerza universal é infinita y como un fulgor de lo Divino. La idea de los alquimistas, á saber, la idea de la transmutación universal de la materia, que retrae todos los cuerpos simples á una substancia única é imponderable, ha vuelto á ser acogida, actualmente, por cierto número de eminencias científicas.

Siguiendo á todas estas inquietantes constataciones, vemos centellear algo desconocido é ignorado, de inmemorial y familiar; es algo así como una fosforescencia de lo Divino en los abismos de la materia. Dios, fantasmagoría de la consciencia humana para la filosofía materialista, vuelve á entrar en escena por la puerta real de la ciencia, y aquella que debía determinar su decadencia se encuentra á punto de volverlo á restaurar.

Pero, ¿cómo definir el Dios del Universo? Nos parece bueno llamarle el Espíritu eternal é infinito, la Causa de las causas, La Fuente inagotable del espacio y el tiempo, la Razón divina de la razón humana; pero su naturaleza se nos escapa. No se puede negar el Infinito; pero, ¿quién lo abarcará? Por lo tanto es preciso distinguir entre Dios en potencia, en el Infinito, y Dios en acto, en una esfera dada. El primero es insondable é incognoscible. El segundo es perceptible en sus atributos. En todos los tiempos le han llamado los iniciados lo primero «el Padre», y lo han representado por un punto en el centro de un círculo. Ellos le han llamado «el Hijo», porque él es su manifestación en la vida, designándole por el doble triángulo entrelazado, uno de los cuales tiene su punta hacia lo alto y el otro hacia bajo, lo que representa la involución del Espíritu en la materia, y la evolución de la materia hacia el Espíritu. «El Infinito es una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna» ha dicho Pascal. Esto es aplicable al Dios no manifestado, al Padre. «Nadie ha conocido jamás al Padre sino por medio del Hijo» dijo Jesucristo. Esto se aplica al Dios manifestado, al Verbo creador.

Mas ¿de qué manera conocer este Verbo? La contemplación del universo nos revela una gerarquía de fenómenos, ó de efectos superpuestos. Si contemplamos el cielo, allí está la misteriosa y grandiosa armonía de la inmensa armada estelar. Si miramos la tierra, en ella se hallan los cuatro reinos: el mineral, el vegetal, el animal, que confinan con el reino humano, es decir con nosotros mismos. Pero, por más expléndido que sea, este universo visible, es tan sólo una manifestación del Verbo; no es el Verbo mismo. Más allá de esta gerarquía de efectos materiales, existe una gerarquía de causas espirituales, de fuerzas cósmicas. Ellas son el mundo invisible; son los dioses, ó como les llama el Génesis: Dios-los-Dioses (Eloha-Elohim). Ellos no son accesibles más que al genio ó á la iniciación; es decir, á la evidencia expontánea ó al sabio; pero todo el mundo puede sentirles, comprenderles, hacerles vivir en sí, cada cual según su fuerza. Un hombre, un pueblo, una civilización, no valen sino en la medida que ellos tienen de poder manifestar lo Divino.

Uno de los errores de nuestra época es el de creer que puede llegarse al conocimiento de las cosas sólo por medio de la inteligencia y por la razón abstracta. La verdad no es un simple cálculo ni una fría constatación. Ella resulta de un esfuerzo que semeja una suerte de creación. Ella requiere (exige) el concurso de todas nuestras facultades: inteligencia, alma y voluntad. Nosotros no comprendemos, no poseémos, á decir verdad, sino lo que podemos á la vez contemplar, sentir y querer en lo más íntimo de nuestro ser y de nuestra más secreta energía.

Por consecuencia de ello, con arreglo á los libros sagrados de los pueblos, emanados de profetas é iniciados, no son los filósofos, sino los grandes poetas los que han hablado mejor de Dios y de lo Divino. Escuchad por ejemplo la profesión de fe de Fausto á Margarita en la obra capital de Gœthe:

«¿Quién, á su conciencia fiel, puede decir «en Dios creo?» Quién sin audaz devaneo, dirá «yo no creo en El?» Si Dios todo lo creó, si es quien lo mantiene todo, ¿no estamos, en cierto modo, en El El mismo, tú y yo? ¿Ves el azul firmamento doblar su bóveda? ¿Ves cual se extiende á nuestros pies la tierra, firme en su asiento? ¿Ves las brillantes estrellas cual siguen eternamente su carrera, en nuestra frente vertiendo sus luces bellas? ¿Sientes mis ojos clavados en tus ojos soñolientos, y todos los elementos en tu ser reconcentrados; y en círculo halagador, con misterio indefinible, lo visible y lo invisible girando á tu alredor? Pues bien: del alma afanosa sacia el hidrópico anhelo en ese raudal del cielo, y cuando sientas, dichosa, que se calma tu ansiedad en deleite sin medida, llámale ventura y vida y amor y divinidad. A ese bien, de ningún modo hallo palabra adecuada: el nombre no importa nada; el sentimiento es el todo: pues la palabra mejor humo es, que empaña y altera, cual pábilo de una hoguera, su celestial resplandor».

Estos acentos sublimes, este lirismo del alma consciente de lo Divino, expresan maravillosamente la fusión completa del sentimiento, de la inteligencia y la voluntad. El análisis exclusivo ha desecado el alma y agotado las fuentes de la vida; pero, todo anuncia un renacimiento prodigioso de lo Divino,

por una magnífica síntesis, en la que todas las facultades humanas están llamadas á concurrir armoniosamente. Tal es el fin mismo de la Teosofía: el ser *la despertadora de la idea divina* en el alma de la humanidad.

EDOUARD SCHURE

Traducción de T. P.

*
* *

El Deber

DULCE palabra que encierra lo más divino y hermoso de la vida! Perdonadme si la desfiguro con mis pobres conceptos.

El deber es base de la Ley; todos podemos cumplir con él, pero á medida que avanzamos en el camino de la evolución, resulta ser muy complejo y casi impracticable para muchísimos seres.

Yo creo que el deber es la práctica exacta de los requisitos y condiciones que se requieren para sostener la solidaridad y cooperación entre todas las criaturas. Estas condiciones es lo que llamamos Ley moral y lo que está en armonía con estas condiciones es lo que recibe el nombre de Bien.

El hombre siempre tiene deberes que cumplir, y éstos se acrecientan extraordinariamente cuando alcanza determinado desarrollo. Cuando domina la última etapa en la batalla de la vida terrena.

La etapa á que me refiero, es aquella en que el hombre ha alcanzado la «liberación». Ya puede ir á gozar de la felicidad, que se ha conquistado á fuerza de sufrimientos y continuos trabajos; pero ¿será feliz abandonando á la humanidad? Sus goces son particulares, sólo le conciernen á él.

¿Cuál es el deber del ser humano que en tal grado se halla?

Hay un aforismo sublime que nos lo dirá: es el siguiente: «Quiere para otro lo que quieras para ti». Esta criatura debe pensar que cuando él luchaba, deseaba un auxilio, un «maestro», un protector, y lo tuvo. ¿Y él ahora no va á pagar esa protec-

ción, ayudando á los demás? ¿El va á cerrar su corazón para los que solicitan auxilio? ¿El no recuerda que ese grito desgarrador también lo exhaló antes? Sí, debe nacer en él la compasión, debe considerar como propia la felicidad general; su última lucha será matar el egoísmo espiritual, el goce exclusivista.

¡Que se coloque en la situación del que sufre y verá cuánto consuelo le proporciona el que una mano fuerte le brinde su apoyo, para subir los escalones de la felicidad!

Este ser, si por compasión ayuda á los demás, ha realizado la práctica del aspecto más elevado de la Fraternidad.

Entonces se ha convertido en un «Maestro de Compasión», en uno de los servidores desinteresados de la Ley divina; es el cooperador más grande de la solidaridad, fundamento de la dicha.

Solidaridad, Fraternidad, Altruismo, constituyen la más sublime y bienhechora ley que existe después de la de «Justicia», que tiende siempre al «equilibrio», ó sea á mantener la perfecta armonía en todo lo existente.

Lectores queridos, practicad la compasión, sed «fraternales» que es lo único que da la verdadera felicidad, la universal; idos acostumbrando desde ahora, pues así mañana, cuando estéis en la cumbre, os será menos difícil desatender por la agena la felicidad propia.

¡Oh, cuán dulce no será que estemos en paz con la conciencia!

Para mí esta es la que en realidad nos hace dichosos, porque por su medio ayudamos á ser felices á los demás.

G. P. R. P. G.
(Cubana)

Habana, 14 | 11 | 1910.

*
* *

Más sobre el mismo tema

No soy amigo de polémicas apasionadas, porque la experiencia me tiene demostrado que es en muchas ocasiones erróneo el principio de que de la discusión nace la luz. Además, reconozco el derecho que le asiste á cada hombre y á cada escuela ó tendencia de pensamiento, para hacer conocer y mantener las opiniones que honradamente considere más razonables, y en consecuencia, lamento que los que se imaginan ser los apóstoles de la transigencia y de la libertad de pensamiento, se apasionen como niños cuando hay quien difiera de sus puntos de vista.

Desde tiempo inmemorial se discute con lujo de argumentos sobre si existen ó no estados de la Materia diferentes de los que caen bajo el dominio de los sentidos ordinarios, resultando, que los que han llegado á poder relacionarse con ellos afirman que sí, y los que fracasan en tal empeño aseguran que no; círculo vicioso que no dejará de ser causa de divisiones, hasta que la evolución vaya nivelando las distintas facultades perceptivas del hombre.

A este propósito, y refiriéndose á la para nosotros indiscutible y mil veces comprobada realidad de la clarividencia, (por ejemplo) dice Leadveater en su inspirada obra, «El Hombre Visible é Invisible:»

«Para aquellos que pueden ver por sí mismos, y que diariamente practican de cien maneras diferentes esta visión superior, las negaciones de la ignorante mayoría, que discute tal posibilidad, le parecerán naturalmente ridículas; para el clarividente no hay, en efecto, motivo de discusión. Si un cie-

go nos asegurase que la vista física ordinaria no existe y que nos ilusionamos creyendo poseer esta facultad, probablemente juzgaríamos también que no vale la pena de discutir largamente para defender nuestra pretendida ilusión, sino que diríamos simplemente: «*Yo veo*, esto está fuera de duda: es pues inútil tratar de persuadirme de que no veo, la experiencia diaria me demuestra lo contrario. Por lo tanto, declino toda discusión de los hechos positivos cuyo bien definido conocimiento poseo.» Es precisamente de este modo que piensa el clarividente adiestrado cuando los ignorantes con toda seriedad declaran imaginaria é imposible la clarividencia, de la cual es necesario usar en aquel mismo momento, para leer los pensamientos de los pretendidos sabios que discuten.»

Pues bien, esta es la situación efectiva en que se encuentran los que saben á qué atenerse respecto de determinadas facultades y poderes que se hallan latentes en la mayoría de los seres humanos, y ya desenvueltos, en algunos que han llenado para ello las condiciones indispensables.

Con insistencia digna de mejor causa, se viene exponiendo aquí la opinión negativa de tal ó cual hombre de ciencia con respecto á las facultades psíquicas, y los fracasos en que han incurrido este ó aquel medium más ó menos acreditado (*), sin reparar en que otros muchos doctos é integérrimos hombres de ciencia han llegado también á conclusiones diametralmente opuestas después de minuciosos estudios y experimentaciones, habiendo buena parte de ellos procedido del campo materialista.

Así las cosas, firmemente convencido de que sería absurda la pretensión de esperar la aquiescencia de los que se encuentran imposibilitados para poder por el momento acompañar á los espiritualistas en su modo de ver y entender en tanto que la intuición les habilite á ellos para orientarse hacia el modo de despertar sus innatas facultades de percepción suprafísica, nos encontramos en el deber de resignarnos á tolerar pacientemente sus agresiones de toda índole, las cuales no nacen muchas veces de mala fe, sino del concepto sincero que se desprende de su campo natural de experiencias. Pero, como ellos

(*) Fracasos evidentes en muchas ocasiones.

no son la humanidad entera, gran parte de la cual no sabe á qué lado inclinarse en asunto de tan vital importancia para el adelanto, nuestro silencio sería injustificable, y de ahí la necesidad de oponer la razón de lo que conocemos, ante los ataques de los que nos injurian y escarnecen tan frecuentemente al formular conclusiones respecto de lo que ignoran.

Ultimamente, se sacan á luz las respetables opiniones de un honorable experimentador y hombre de ciencia, que en sus exploraciones por el campo de las facultades psíquicas ha tenido la poca fortuna de no encontrar más que decepciones y engaños, y tal emergencia consideran sus apasionados partidarios que debe ser decisiva y concluyente, porque concuerda con sus actuales puntos de vista y particulares empeños.

¿Será procedente por nuestra parte el recordar que muchos otros hombres de ciencia, experimentadores autorizados y sinceros también, encontraron incontestables testimonios como antes se indica, de las realidades no entrevistas por el que los materialistas aquí exhiben ahora como suprema y única autoridad en este pleito de los siglos? Creyendo que sí, vamos á ir mencionando algunos nombres y opiniones que no deben ser olvidados, prescindiendo de si eran ó son más ó menos inclinados á tal ó cual tendencia científica ó filosófica. Citaremos primero á Russell Wallace, «émulo de Darwin y copartícipe de su gloria,» el cual, entre otras cosas tan importantes, dice: «Yo era materialista tan acérrimo y tan convencido, que no podía haber en mi cerebro sitio alguno para una creencia espiritual y para ningún otro agente del Universo, que la fuerza y la materia. Los hechos, sin embargo, se imponen á las convicciones.»

Varley «físico á quien la ciencia debe la invención del condensador eléctrico,» le dice á Tyndall, «que ha visto producir manifestaciones *extraordinarias, estupendas, inexplicables para la ciencia.*»

El profesor de la Facultad de Oxford, Oxon, defendiendo el resultado de sus propias experiencias respecto de los fenómenos psíquicos, dice: «los afirmo con toda mi autoridad, sin preocuparme de la aseveración de que están fuera de la naturaleza de las cosas», etc.

Más adelante agrega:

«En cuanto á los hechos, no sostengo sino que dan la prueba de la existencia de una fuerza y una inteligencia reguladoras, extrañas al cuerpo humano. Esta fuerza, que conviene llamar *psíquica*, es la fuerza *ódica* de Reichenbach; la fuerza *nerviosa* ó *magnética* de otros autores; la fuerza *etenéica* de Thury; el *akasa* de los Indos, ó simplemente la fuerza de la vida. El nombre poco importa; pero el término *psíquico* y sus compuestos aplicados á esta fuerza, al camino por donde pasa y á las variadísimas formas de sus manifestaciones, parece más sencillo y más al abrigo de las objeciones.

Respecto á la inteligencia que se manifiesta en la escritura «psicográfica», no pretendo sostener si es ó no digna de atención, juzgándola por el contenido de sus *comunicaciones:* lo escrito puede ser tan insensato, tan vacío de sentido como lo deseen los críticos; pero ¿la escritura existe? ¿Sí? Pues entonces, dejemos á un lado los absurdos, y no nos preocupemos sino de los hechos».

Crookes, Gasparín, y Hare, y la Sociedad Dialéctica, de Londres, después de largos estudios, llegan á la conclusión de que los fenómenos psíquicos son una realidad.

Varley Morgan, Dale Owen, y muchos más «que tenían fama bien adquirida de hombres de ciencia», acaban también por sostener idéntica opinión.

Zöllner, profesor de física astral en la Universidad de Leipzig, Fechner, Aksacoff, Boutlerow, Ercole Chiaia, el Dr. Gibier, Director del Laboratorio Bacteriológico en Nueva York, y jefe por varios años del Laboratorio de Patología experimental y comparada del Museo de Historia Natural de París, Lombroso y Richet, Bianchi, Vizioli, D'Amicis, Tamburinër, Schiapparelli, Ochorowiez y Sidgwick, todos ellos, después de largas experiencias, efectuadas generalmente con la severidad y el método propios de la ciencia, con mucha frecuencia *á la luz del día* y del sano criterio que sacrifica el amor propio á la verdad, todos ellos, y muchos más que sería cansado enumerar, han comprobado también que compenetrando al universo visible, existen energías é inteligencias invisibles susceptibles de ser comprendidas, y capaces de hacérsenos

evidentes. ¿Qué valor pueden tener entonces, sino muy condicional y limitado, aquellas opiniones que se quieren hacer pasar por indiscutibles, por la escuela materialista? Sírvanse, si á bien lo tuvieren los interesados, no desentenderse de ello, así como se desentienden de tantas otras razones y testimonios como son los que nos obligan constantemente á exponer á su consideración. Porque el echar sobre tantas personalidades cuyas obras científicas y humanitarias hablan con elocuencia indiscutible de la integridad de su claro entendimiento, el vano estigma de que han sido *alucinados* y torpes, sólo revela falta de serios y razonados argumentos.

Pero todavía no he concluido. Me propongo, volviendo nuevamente por los fueros de la verdad, llamar la atención hacia la personalidad tal vez más sobresaliente, entre las modernas eminencias de la ciencia europea, Mr. William Crookes, puesto que á su ingenio investigador y á su labor fecunda se deben las bases de los más sorprendentes descubrimientos científicos.

Este benefactor del adelanto, miembro de la Real Sociedad de Londres, «escribió á los 20 años trabajos de gran mérito sobre la luz polarizada; poco después describió detalladamente el espectroscopio, publicando sus estudios sobre los espectros solar y terrestre. Publicó otros sobre las propiedades ópticas de los ópalos, dió á conocer un microscopio espectral; se ocupó de la intensidad de la luz, y la física le es deudora de un fotómetro de polarización.» Se le deben notables trabajos sobre meteorología y fotografía celeste. «Dió á conocer en «Bakerian Lecture su trabajo sobre la *Iluminación de líneas de presión molecular y trayectoria de las moléculas*,» haciéndonos así vislumbrar la tenuidad casi inconcebible de determinados estados de la materia, generalmente desconocidos en el Occidente entonces. Además, entre muchos otros meritísimos trabajos publicó un tratado de análisis químico, inventó un procedimiento de amalgamación con el sodio. Descubrió el Thalium, y su peso atómico. Realizó sus famosos estudios sobre el cuarto estado radiante y el radiómetro, los célebres tubos Crookes, etc., etc.

Pues bien, este hombre, á quien por su rectitud de carác-

ter, criterio independiente, honradez y admirada sabiduría, se le confió la honrosa comisión de hacer luz en lo referente á las manifestaciones psíquicas, que tan interesada tenían la opinión por todas partes, después de una porción de años de constantes experiencias llega á la conclusión de que es indiscutible su realidad, lo que, dado el valor que tienen los prejuicios, aun tratándose de eminencias científicas, le costó su salida de la Real Academia. Es verdad que ésta, treinta años más tarde, se honra llamándole otra vez á ocupar en su seno el preeminente lugar que le correspondía, y después de oírle ratificarse en sus inusitadas opiniones. ¿Cuáles eran las de Crookes al poner mano en la empresa de descubrir *los fraudes, las supercherías* que creían encontrar los materialistas en todo lo referente al psiquismo? Veamos lo que el mismo experimentador nos dice:

«En presencia de tales fenómenos, los pasos del investigador deben ser guiados por una inteligencia tan fría, tan impasible, como los instrumentos de que se sirve, y una vez que haya comprendido que puede descubrir una verdad, este sólo objetivo debe animarle á proseguir en su estudio, sin tener en cuenta si los hechos que se presentan á sus ojos son ó no, naturalmente posibles. Y probada la realidad de los fenómenos, sería en mí cobardía moral el negarle mi testimonio, porque mis publicaciones anteriores hayan sido ridiculizadas por críticos que nada de esto conocen, y cuyas preocupaciones les impiden ver y juzgar por sí mismos».

Ahora, dejando para otra ocasión lo mucho que en el sentido expresado nos queda por decir, sería de agradecer que los hombres de ciencia contrarios á nuestras autorizadas convicciones se sirvieran explicar de qué dependen ciertos fenómenos constantemente observados, que no pueden originarse de sugestión alguna individual ni colectiva, que no resultan de ninguna clase de experimentaciones provocadas, *nocturnas* ni diurnas, y que sorprenden por su incontrastable confirmación y evidencia. De esta clase de fenómenos he dado tres ejemplos en el número anterior de esta Revista, de los cuales, dos se refieren á sucesos acaecidos en esta ciudad y que pueden ser confirmados por muchos testigos de honorabilidad

reconocida, si no es suficiente la sinceridad de mi palabra.

Hoy añado el siguiente suceso de que tuve conocimiento cuando aconteció, reservándome otros aún más concluyentes para si conviniere darles publicidad en adelante.

Dice así la persona que me dió noticia del mismo:

«Un compañero nuestro de oficina me refirió el siguiente sueño, que había tenido la noche anterior:

«Ví á mi íntimo amigo X, que á la sazón estaba empleado en una casa de comercio de esta capital, muerto en un cuarto de la hacienda que poseía su familia en la Línea de Limón, donde residía precisamente un hermano de dicho amigo. El muerto tenía la particularidad de que estaba sumamente amarillo, tanto, que se me quedó muy grabada dicha particularidad.

«Como el sueño me impresionó mucho fuí á hacer una visita á mi amigo X y le conté lo que había soñado, preguntándole si sabía de la salud de su hermano en aquellos momentos, á lo que me contestó que estaba bien.

Nos reímos del sueño y todo llegó á olvidarse.

Andando el tiempo, al cabo de cuatro meses, mi amigo X, que había salido de la casa de comercio en donde estaba colocado, tuvo que ir á la hacienda en referencia á hacerse cargo de la administración de la misma en lugar de su hermano.

A poco de llegar contrajo la fiebre amarilla ó la intermitente biliosa, en dicho punto, de cuya enfermedad murió inmediatamente».

Concluiré por hoy reproduciendo las citas siguientes que hallo en la obra de Annie Besant, «Manual Teosófico», (págs. 70 y 114), respectivamente:

«Los reinos del Espíritu y de la Mente Superior, están cerrados para todos los que no han desarrollado las facultades para su investigación. Los que las han desarrollado, no necesitan pruebas de la existencia de estos reinos; á los que se hallan en el caso contrario, ninguna prueba puede darse. Que existe *algo* por cima del plano Kama-Manásico (*), puede ciertamente probarse por los relámpagos del genio, por las

(*) El plano material propio del dominio de la mente no evolucionada para relacionarse con lo suprafísico.

elevadas intuiciones que de tiempo en tiempo alumbran la obscuridad de nuestro mundo inferior; pero lo que este *algo* sea, solamente pueden decirlo aquellos cuyos ojos internos se han abierto y ven donde la masa humana aun no distingue nada. Pero los planos inferiores son susceptibles de comprobación, y nuevas pruebas se acumulan de día en día.

Los Maestros de Sabiduría se valen de los investigadores y pensadores del mundo occidental para hacer «descubrimientos» que tienden á reforzar las avanzadas de la posición Teosófica; y las líneas que están siguiendo, son precisamente aquellas que se necesitan para encontrar las leyes naturales que justificarán las aseveraciones de los teosofistas, respecto de los «poderes» elementarios y los fenómenos, *á que se ha dado una importancia tan exagerada.* Se ha encontrado que tenemos hechos innegables que establecen la existencia de otros planos además del físico, en donde la conciencia puede funcionar; que establecen la existencia de otros poderes y sentidos de percepción que los que nos son familiares en la vida diaria; que acreditan la existencia de poderes de comunicación entre las inteligencias, sin ayuda de aparatos mecánicos; y seguramente que en estas circunstancias los Teosofistas tienen el derecho de decir que se ha dado el paso preliminar que justifica investigaciones más avanzadas de su doctrina».

La palabra de cien ciegos que nieguen un objeto visible, es de menos peso que la palabra de uno que puede ver y lo atestigua. En esta materia el Teosofista se contenta con esperar, sabiendo que los hechos no son alterados por las negaciones, y que el mundo vendrá gradualmente al conocimiento de la existencia de las formas de pensamiento, así como ha venido —después de un período análogo de mofa—al conocimiento de la existencia de los hechos afirmados por Mesmer á fines del siglo pasado».

TOMÁS POVEDANO.

*
* *

El Bolletino della S. T. Italiana, (De la notable revista «La Verdad»).

Consciencia Cósmica.

El despertar de la consciencia cósmica no es muy común en el estado actual del desenvolvimiento de las razas. Todavía es un hecho natural el que, antes ó después tiene que realizarse en el individuo. El alma tiene poderes y facultades admirables, muchos de los cuales son desconocidos en el estado de la vida actual. Pero, así como la flor se abre en el campo á los besos del sol y á las caricias de la lluvia y el viento, así también, en el campo del alma humana se abre, vagarosamente, la consciencia cósmica.

Esta consciencia es difícil de ser explicada por medio de la palabra: es cosa que se siente más bien que se expresa.

La persona en quien ella se despierta se siente amparada por una fuerza oculta que por el momento da señales de su presencia; ó en otros términos, que entonces se patentiza. Es un fenómeno curioso. Ella induce también hacia una especie de gran compasión por el prójimo, sin distinguir entre amigos ni enemigos; más sí, entre hermanos que se hallan, si bien en estado de inconsciencia, al amparo de la misma fuerza. Entonces *se percibe claramente* la presencia de Dios en nosotros y se tiene la consciencia de la verdadera fraternidad.

Muchas cosas no sentidas todavía por los otros desea manifestar la persona en quien se despierta la consciencia cósmica; pero no puede efectuarlo, porque, cuanto se habla de ella, no puede ser comprendido por otros. Este hecho, como es natural, causa cierta incomodidad á la persona que lo experimenta, y es sustituido por una tan apacible tranquilidad, que no tiene parecido con ningún estado común del alma hu-

mana, lo cual fué causa de que se le diera generalmente el nombre de calma en otros tiempos, en que también fué conocido. Aquí, ahora, la palabra caridad tiene otra significación; vibra más intensamente; resquema, produce inquietud hasta tanto que se realice. Varios escritores han tratado de esa especie de consciencia, lo que demuestra que ella es el resultado de una ley natural. Yo la llamo más bien conocimiento, ó mejor, sentimiento del *espíritu* en sí. El es una emanación del Todo sapiente y presente.

Se halla en todo individuo, y anima á todos los seres. Su presencia, es sentida en el estado de consciencia cósmica: de que se originan las sensaciones de amparo, de amor y de fraternidad, palabras éstas que ahora sólo son para los conscientes á los ardientes corazones.

Qué cosa tan admirable es la naturaleza humana! Siendo el espíritu aquel Ser infinito que actua en nosotros y en torno de nosotros con la más perfecta sabiduría, es claro que nuestra felicidad en la vida depende de que seamos guiados por él en cualquier acto y en cualquier ocasión. Para esto tenemos que ponerlo en evidencia como factor principal. Para poder hacer evidente el espíritu es preciso que desaparezca nuestra personalidad inferior, lo que no es trabajo de pocos días, sino de siglos. Es esta una condición necesarísima; si no la realizamos en esta vida, hemos, necesariamente, de realizarlo en una ú otra de las múltiples existencias planetarias.

Lo que no debemos hacer es incomodarnos, pues que todo vendrá á su tiempo, como consecuencia de hechos y orden naturales.

El esfuerzo que hace el individuo por volverse mejor es noble, esto no ofrece duda; y hasta pudiera decirse que es el más noble de todos los esfuerzos. Entre tanto, yo soy propenso á dejar que la flor se desabroche por sí misma, á fin de no encontrar imprudentemente esos planos admirables de la providente y sabia Naturaleza.

La consideración de que el espíritu es el ser real que habita en nosotros, proporciona una calma consoladora que sobrepasa á la comprensión material, y nos enseña á procurar encontrar á Dios, no fuera, sino dentro de nosotros mismos. Y

realmente, El está allí amparándonos, consolándonos, dirigiéndonos siempre hacia lo que es mejor para nosotros, cuando nos volvemos dóciles á sus sabios designios. El está en nosotros y nosotros en El. El en nosotros, no obstante ser infinitamente más sabio y teniendo un poder ilimitado é infinitamente superior al nuestro. Y aquí teneis la razón de por qué conozco ahora aquel primer versículo del Génesis «*Brechith bara Elohim éth hachchamaim wéth haárets*» tiene una significación clara y verdadera. Es el *Espíritu* el señor y creador de todas las cosas. Cuanto más avanza el hombre en la escala de la perfección, tanto más sensible va volviéndose á las manifestaciones é influencias del espíritu.

Lo contrario le acontece al hombre material y grosero. A este, ni siquiera le gusta hablar de la existencia del espíritu, porque no comprende, no sabe como puede darse tal existencia.

El hombre material sólo piensa en la satisfacción de sus deseos físicos, y se da por feliz cuando éstos se hallan satisfechos. Y él tiene razón, porque su consciencia está adormecida. No hay salto mortal en el camino del perfeccionamiento del alma. El día de su despertar también radiará para él.

De igual manera que para las almas más adelantadas se abrirá para él la flor de la consciencia cósmica en la ocasión justa, en el momento justo.

En todas las cosas de la naturaleza reina la más absoluta armonía, desde el astro al hombre, del hombre al gusano.

Las partes más groseras de cualquier organismo son justamente las menos sensibles. Considérese la diferencia que existe de una á la otra parte delicada del sistema nervioso. Y no obstante, la sangre fluye por todas las partes del cuerpo animando y fortaleciendo las células que, en su conjunto armónico, representan el más sublime y maravilloso modelo de una República. Nuestro cuerpo es el templo del espíritu. Debemos, por lo tanto, respetarlo y tratar de conservarlo limpio, bien cuidado y en el más perfecto estado de salud, á fin de que la habitación sea digna del Señor.

BRAULIO PREGO.

Asuntos diversos

RESPUESTAS A UN PERIODICO

Los que apenas saben ver con sus ojos materiales, es inútil todavía que se preocupen de quererse explicar en qué consiste la visión superior.

Aquellos que pasan su vida adorando la luz engañosa de su propia inteligencia personal, carecen de facultades para poder relacionarse con su Yo más elevado.

Cuantos siendo dominados por las pasiones pretenden emplear la energía mental en bien de sus semejantes, se disponen á ofrecer lo que no tienen: acusan el estado de su bondadosa ignorancia; porque la intención es cosa de escasa valía cuando no puede convertirse en acto. ¿Dónde podrá detenerse aquel que va arrastrado al acaso por una barquilla sin timón y á toda vela?

Prejuzgar lo que deberían hacer en tal ó cual caso los Grandes Seres, es dar testimonio de la propia presunción é ignorancia. Pretender verlos y entenderlos antes de haberlo merecido, es ser engañado por el poder de la ilusión. Se llega á ellos por la influencia de las virtudes, la sabiduría y la devoción.

Las pretensiones sin fundamento, son la secuela propia de la falta de desarrollo mental.

Hay muchas maneras de atentar contra los bienes agenos; pero ninguna de ellas reviste caracteres tan odiosos como la de subyugar la voluntad del prójimo con malas artes, mirando al provecho propio.

«¡Ay de los ciegos, y guías de ciegos!»

Bien está el valor; pero, querer volar sin alas?

Bueno es activar las propias energías; pero querer llegar á puerto navegando sin brújula por mares desconocidos? Así como un barco necesita de comandante, piloto y timonel, así también necesitan los niños sus guías por el tormentoso piélago de la existencia. ¡Y somos tantos los niños que nos consideramos adultos!—T. P.

***

Agradece VIRYA muy sinceramente el envío de *Páginas Ilustradas*, revista semanal de literatura, artes y ciencias, la cual hacía tiempo dejó de favorecer á esta redacción. *Páginas Ilustradas* se mantiene siempre en su tono elegante y discreto, llevando así á todas partes una nota simpática, que redunda en favor de Costa Rica.

***

Ha llegado también á nuestra redacción el periódico mensual *Alma é Coraçao*, correspondiente al 9 de enero del mes próximo pasado. Se distribuye gratuitamente. Agradecemos la visita y saludamos á sus redactores.

***

En el número anterior de esta revista debió manifestarse, que la traducción del artículo de Leadbeater, «Pruebas de la Teosofía», fue hecha en la «Logia Teotl», de El Salvador, la cual repartió gratuitamente la edición de tan interesante artículo en un folleto muy bien presentado, del cual tuvo la bondad de enviarnos algunos ejemplares. Reciba, aunque sea tarde, las gracias que le enviamos, y tenga en cuenta que si en algo pueden serles de utilidad las columnas de esta publicación están á sus órdenes.

***

UN ENSUEÑO TELEPATICO DE GIUSEPPE GARIBALDI

«En una ocasión (escribe el mismo Garibaldi), aún me horrorizo cuando pienso en ello—estuve solo y sobre el Océano Pacífico, en viaje entre América y el Asia; nos hallamos en una especie de tornado, no tan terrible como los que se experimentan en la costa de la China, pero bastante fuerte para permanecer durante una parte del 19 de mayo de 1852 con la gavia del mástil echada al costado,—y digo tornado, porque el viento dió vueltas á la brújula, signo característico del tornado, y el mar estuvo tan furiosamente agitado, como suele estar durante una gran tormenta.

»Yo padecía de reumatismo, y en medio de lo más fuerte del huracán me había dormido en mi camarote situado sobre cubierta.

»Durante el sueño me encontré en mi patria, pero en vez de respirar ese aire paradisíaco, al que yo estaba acostumbrado en Niza, donde todo me sonreía, todo me pareció tan sombrío como la atmósfera de un cementerio, y entre una multitud de mujeres que descubrí á la distancia, y con porte humilde y triste, me pareció como si viera un féretro, y á pesar de que esas mujeres caminaban despacio, pasaron no obstante delante de mí. Dominado por un presentimiento triste, traté de acercarme al cortejo fúnebre. Sin embargo, no me podía mover, pues tenía una montaña encima de mi estómago. El cortejo vino, no obstante, hasta mi lecho, bajó el ataúd y se fué.

»Sudoroso, por el esfuerzo, había tratado en balde de incorporarme. Estuve bajo la horrible influencia de una pesadilla, y cuando empecé á moverme y á sentir á mi lado la fría envoltura de un cadáver, me desperté y en el acto reconocí el sagrado rostro de mi madre, quedándome la impresión de una helada mano sobre la mía.

»El siniestro rugir de la tempestad y las quejas de la pobre «Carmen», la que cruelmente fue arrojada á la costa, no me podían distraer del todo de los horripilantes efectos de mi ensueño. En ese día y seguramente á la misma hora falleció para mí la mejor de todas las madres».

En esa misma noche del 19 de mayo de 1852, murió la madre del célebre Garibaldi. Cuatro proscritos de la democracia europea sostenían los cordones del paño fúnebre que cubría el ataúd; doce damas formaban parte del cortejo fúnebre. Los habitantes de Niza tomaron viva participación en esta importante ceremonia.

(Traducido de *Prana*, revista alemana de ocultismo, por Emilio Wendt).

***

El retrato del distinguido teosofista señor Xifré que encabeza el presente número, está copiado de un fotograbado de la Revista Sophia. Cuando obtengamos los antecedentes precisos, daremos la biografía correspondiente á este entusiasta defensor de los ideales de la fraternidad universal.

***

EL BOLLETINO DELLA S. T. ITALIANA,

de septiembre de 1910, contiene un informe del congreso mundial del Cristianismo libre, movimiento que merece todo el apoyo de los teósofos, pues su fin es la reconciliación de las diferentes iglesias cristianas. C. Jinarajadasa habla de la misa, y de su importancia oculta, estableciendo paralelos con el ritual masónico y el hindú. Otro suelto

trata del método analógico. C. W. Leadbeater habla de las Mónadas de origen lunar, explicando uno de los puntos más difíciles de la Doctrina Secreta.

***

RAJPUT PRESS

Publishers of Books and Circulars on Theosophic, Masonic, Philosophic and allied Topics. A PRIMER OF THEOSOPHY will be mailed to any post-office in the world for 15 cents.

103 State Street, CHICAGO, Illinois.

***

En Porto Alegre, (Brazil), ha sido fundada el día 20 de diciembre último, la primera Logia de la S. T., denominada «Jehoshua», á la que deseamos toda suerte de prosperidades.

Según ha sido previsto y anunciado, la S. T. crece y extiende sus brazos fraternales por todas partes.

***

THE PATH

Is a little monthly magazine projected in love and with a desire to help each one who reads it to achieve the knowledge of the divinity in his own soul.

It is edited by two students and lovers of H. P. Blavatsky, and has for its motto—Tolerance, Unity, Sympathy and Freedom.

The Subscription is $^2/_6$ per year, post free within the United Kingdom. Single copies 3d. post free.

The first number was published in July, 1910.—Editors: D. N. Dunlop and C. Lazenby, B. A.—Published by the "Lipika" Press, Blavatsky Institute, Riverside, Hale, Cheshire.

***

ALCIONE.—(*J. Krishnamurti*).—AI PIEDI DEL MAESTRO

Contiene gli insegnamenti sui requisiti del Discepolo impartiti dal Maestro K. H. al suo giovane Discepolo J. Krishnamurti e riprodotti da ques't ultimo, che trascrisse, colla maggiore accuratezza consentitagli dalla memoria, le parole stesse usate dal Maestro.

Edizione elegante stampata su carta di lusso con ritratto dell'Autore. Prezzo del volume, franco di porto: legato in pelle ₤ 3.50; id. in tela ₤ 2.00; id. non rilegato ₤ 1.25.

Inviare cartolina vaglia al Segretario Generale della Società Teosofica Italiana: Prof. O. Penzig, 1 Corso Dogali, Genova.

PERMANENTE

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Esta Sociedad, que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, y que actualmente cuenta con más de 600 Ramas extendidas por todo el mundo, tiene por objeto:

1º—Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2º—Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias y otras Orientales.

3º—Un tercer objeto—perseguido únicamente por un cierto número de miembros de la Sociedad—es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta, al entrar á formar parte de la Sociedad, cuales son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige á cada cual, antes de su admisión, la promesa de practicar para con los demás miembros, la misma tolerancia que para sí quiere.

Equivocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía á este propósito: «Si hablas de la TEOSOFÍA, contesto que, así como ha existido eternamente á través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir, porque la TEOSOFÍA es sinónima de la VERDAD ETERNA.»